

Reflexiones filosóficas sobre la crisis de México

Guillermo Hurtado

Ni la corrupción, ni la violencia, ni la economía pueden explicar plenamente la crisis por la que atravesamos. Quizá las herramientas del pensamiento crítico puedan ayudarnos a comprenderla y superarla. Guillermo Hurtado, director del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, reflexiona acerca de las causas profundas de la crisis a partir de la pérdida del sentido de nuestra existencia como colectividad.

I. LA CRISIS DE MÉXICO

México está en crisis, de eso no hay duda, pero su crisis no se reduce al conjunto de sus problemas políticos, sociales o económicos —como la pobreza, la ignorancia, la violencia, la corrupción y la destrucción del medio ambiente. Voy a sostener que la crisis de México es de otra índole, que es más profunda que los problemas antes mencionados. Dicho en pocas palabras, la crisis consiste en que *hemos perdido el sentido de nuestra existencia colectiva*.

La noción de *sentido* se usa de varias maneras en el lenguaje ordinario. Decimos que una *x* tiene sentido cuando tiene una dirección, tiene un fin, posee beneficio o utilidad, es comprensible de acuerdo a cierto con-

texto natural, práctico o normativo, y puede calificarse de razonable o de racional. En ocasiones, decimos que *x* tiene sentido cuando tiene algún tipo de valor intrínseco; pero, hay que tener cuidado en no confundir la noción de sentido con la de valor, ya que algo puede tener sentido sin ser valioso o puede ser valioso sin tener sentido. Cuando sostengo en este ensayo que hemos perdido el sentido de nuestra existencia colectiva lo que quiero decir principalmente es que a los mexicanos nos falta cohesión, dirección y confianza. Cuando una colectividad carece de sentido, ha perdido su razón de ser, ha olvidado que debe valorar, ha perdido el rumbo.

Cuando se habla del *sentido de la existencia* normalmente se hace del sentido de la existencia de un individuo,



José Vasconcelos

pero también se puede hablar del sentido de la existencia de un conjunto de individuos reunidos por algún propósito práctico (por ejemplo, un ejército), un lazo afectivo (por ejemplo, un matrimonio), o una mezcla de ambos (por ejemplo, una familia). Cuando una colectividad pierde el sentido de su existencia se producen en ella anomalías que pueden tener consecuencias tan graves como su desintegración (por ejemplo, un divorcio o la disolución de una empresa). Lo mismo puede sucederle a una nación. En la primera mitad del siglo XIX, México estuvo a punto de desaparecer porque no había aún un sentimiento de nacionalidad. Si bien esa amenaza no parece cercana en la actualidad, nuestra falta de sentido colectivo es el telón de fondo de todos los demás problemas políticos, económicos y sociales que nos agobian. Mi esperanza es que en la medida en la que construyamos un nuevo sentido, podremos ir resolviendo los demás problemas de México.

II. FILOSOFÍA SOBRE MÉXICO Y FILOSOFÍA PARA MÉXICO

En el siglo anterior, Antonio Caso, José Vasconcelos, Samuel Ramos, Edmundo O'Gorman, Emilio Uranga, Leopoldo Zea y Luis Villoro realizaron exámenes de la historia y de la realidad mexicana desde la filosofía. Este ensayo se inscribe en una vertiente de esa tradición de pensamiento. Sin embargo, quisiera hacer algunas aclaraciones sobre las diferencias que existen entre lo que pretendo hacer aquí y lo que hicieron mis predecesores.

La filosofía de lo mexicano del siglo XX osciló entre el *psicologismo* y el *ontologismo*. Según Ramos, el mexicano padecía de un sentimiento de inferioridad y ésta era la causa de muchos de sus problemas. La propuesta

de Ramos era que el mexicano reconociera su mal, conociera sus orígenes y entonces pudiera liberarse de esa condición. Para Uranga, en cambio, el ser del mexicano padecía de una insuficiencia ontológica que le hacía vivir en la zozobra y la accidentalidad. A diferencia de Ramos, que pensaba que el mexicano debía curarse de la condición diagnosticada, Uranga afirmaba que el mexicano debía asumirla para vivir de manera auténtica. A Ramos y a Uranga se les ha criticado por asumir que todos los mexicanos compartimos una misma condición psicológica o existencial. Ni todos los mexicanos tenemos un sentimiento de inferioridad, ni todos existimos de manera accidental. En este ensayo no propondré tesis psicológicas u ontológicas. No asumo que los mexicanos tengamos una forma de existir o una psique colectiva que nos sea peculiar. Lo único que aquí pretendo es reflexionar sobre la realidad presente de México, es decir, de los mexicanos de todo tipo, *desde* la filosofía. Pero mi finalidad no se limita a que los mexicanos conozcamos mejor nuestra realidad, lo que busco es que ese conocimiento nos ayude, por poco que sea, a transformarla para bien.

Aunque mi análisis no será ni psicológico ni ontológico, no puede ignorar las profundas dimensiones psicológicas y existenciales de la crisis. Un diagnóstico del estado emocional de los mexicanos seguramente revelaría que está compuesto de una combinación de emociones y sentimientos tales como el miedo, la impotencia, la desconfianza, la indignación y la desorientación. Aunque la crisis de la que me ocuparé aquí no consiste en esa condición psicológica, sí está íntimamente ligada a ella. Pero insisto: no busco complejos, ni traumas. Lo que pretendo es comprender la manera en la que vivimos y encaramos nuestros problemas. Como ya dije, lo que me interesa es *la dimensión de sentido de nuestra existencia colectiva*. Una vez aclarado esto, puedo decir que tomaré en cuenta algunas *creencias y actitudes*, pero que mi interés en ellas siempre las consideraré dentro del contexto de las prácticas sociales con las que están conectadas. Este énfasis en las prácticas puede ser otra manera de subrayar que mi objetivo, a fin de cuentas, no es teórico sino práctico. Lo que pretendo es que comprendamos mejor nuestra crisis para que podamos encararla mejor y, eventualmente, si todo marcha bien, resolverla.

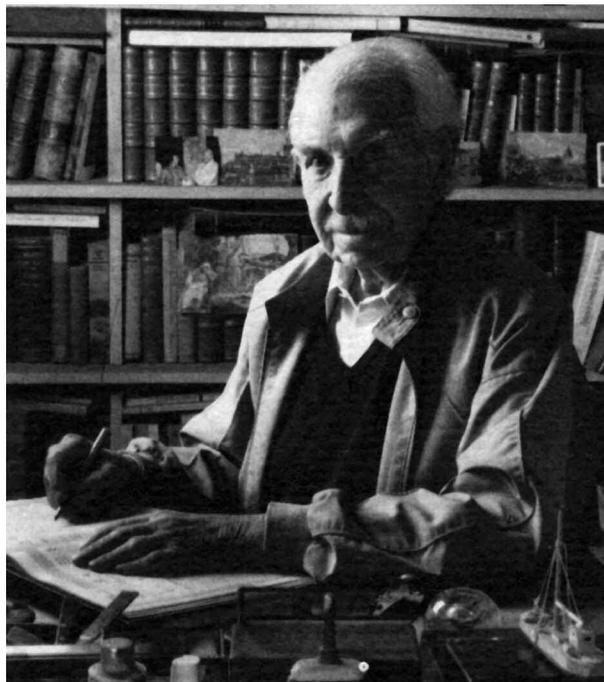
III. HISTORIA OFICIAL E HISTORIA NACIONAL

Una de las dimensiones de la crisis de México es un fenómeno que podríamos denominar *la fractura de nuestra historicidad*. Me explico: se han resquebrajado los lazos significativos que tuvimos con nuestro pasado y nuestro futuro; y como resultado estamos atrapados en un presente asfixiante y confuso.

En *La ideología de la revolución de Independencia*, Villoro caracterizó a los conservadores mexicanos del siglo XIX como *preteristas* y a los liberales como *futuristas*. Para los conservadores, México debía recordar su pasado para preservar lo mejor de él. Para los liberales debía dejar atrás su pasado y enfocar su atención a la construcción de un futuro mejor. La Revolución Mexicana disolvió la dicotomía entre conservadores y liberales. Durante algunas décadas, México tuvo una visión integral de su historia basada en un amplio horizonte de memorias y expectativas. Esa visión de la historia de México ha desaparecido. Hoy en día, no hay lugar ni para el preterismo, ni para el futurismo, ni para una síntesis de ambos, sino sólo para un desesperante presentismo.

Distingamos la historia *oficial* de la historia *nacional*. La primera es un discurso que sirve a los intereses de un grupo en el poder, la segunda es un discurso que sirve a los intereses de la patria. La historia nacional, en su mejor expresión, es el resultado de un consenso público que si bien respeta una pluralidad de visiones, propone un discurso histórico homogéneo y coherente basado en valores e ideales comunes. Una señal de la gravedad de nuestra crisis es que no tenemos una historia oficial, pero tampoco algo parecido a una historia nacional. Esto se ha hecho evidente en las celebraciones del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución. No hay un discurso motivador y coherente, acerca del significado de estos acontecimientos y, en consecuencia, del significado de nuestra historia como nación. Esto resulta obvio sobre todo en el caso de la comprensión de la Revolución Mexicana. Da la impresión de que los responsables oficiales de estas celebraciones no pueden, no quieren o simplemente no saben cómo darle un contenido actual a la Revolución. Esto es muy grave porque no tenemos otra visión integral e integradora sobre México, es decir, sobre su historia, su cultura, sus valores y su destino, que la que se construyó de manera colectiva durante la Revolución. Esta visión, como sabemos, ha sido criticada desde hace décadas —y no siempre con malas razones— pero no ha sido reemplazada por otra de rango equivalente. La clase política ha sido la principal responsable de esta omisión; pero también hay que reconocer que los intelectuales de todos los bandos que han participado en la demolición de esa visión de México han actuado con ambición, irresponsabilidad y ligereza. Nunca se debe destruir algo sin construir algo más con qué reemplazarlo.

La fractura de nuestra historicidad no sólo borra el pasado y le resta sentido al presente, sino que también anula el futuro. Cuando tratamos de ver más allá del presente, lo que se alcanza a percibir son sólo sombras. El discurso sobre el futuro de los políticos, los intelectuales y los comunicadores huele a rancio, sabe a fraude y nadie se lo traga. Las pocas ideas nuevas que podrían



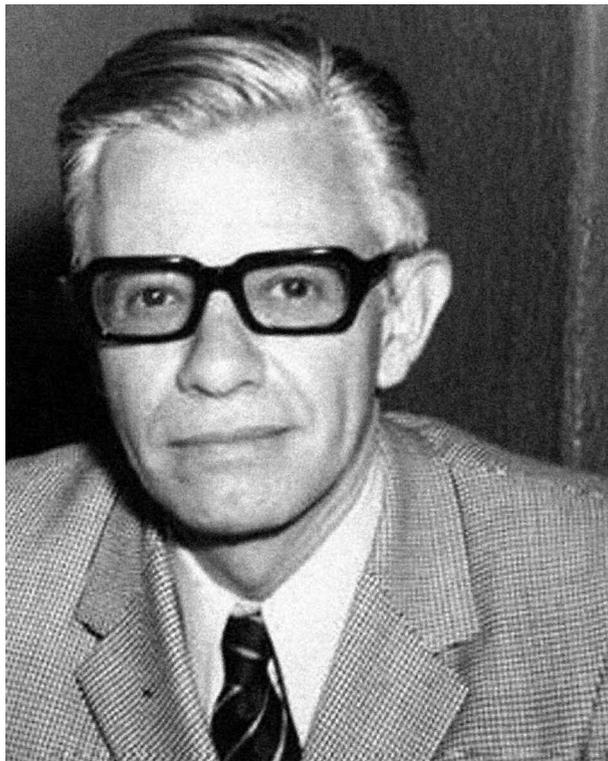
Edmundo O'Gorman

orientarnos hacia el futuro se pierden como semillas en el desierto porque no hay un surco en donde plantarlas. No tendremos futuro mientras no volvamos a tener un pasado, es decir, un discurso coherente sobre nuestro pasado que, como insistía O'Gorman, esté construido para orientar nuestro presente.

IV. LA SOCIEDAD DESINTEGRADA

La sociedad mexicana está desintegrada, desorientada y desalentada. Hay un vacío de ideas, de valores, de proyectos, de aspiraciones. En los días más grises todo parece simulacro y tramoya. El sentimiento es de fracaso y la actitud de renuncia. No hay incentivo para actuar, sobre todo para actuar de manera organizada. Esto se debe, entre otras causas, a que el tejido social está desgarrado por la frustración y la violencia. La gente sospecha del vecino, se recluye en círculos pequeños o, en el peor de los casos, dentro de sí misma.

No podemos revivir viejas fórmulas, pero tampoco tenemos que olvidarnos de aquellas que funcionaron en el pasado. El nuevo sentido debe retomar lo mejor del viejo sentido, es decir, del que nos legó la Revolución Mexicana. ¿Pero dónde encontrar el nuevo sentido? No debemos sentarnos a esperar a que aparezca un caudillo que nos lo dicte o un iluminado que nos lo revele. Tampoco debemos esperararlo de los políticos profesionales, los intelectuales orgánicos, los llamados “analistas” de los medios masivos de comunicación; o, por lo menos, no de aquellos que han fracasado en ese intento o, pero aún, han querido darnos gato por liebre. El nuevo sentido lo tiene que construir la sociedad civil por sí misma, bajo la dirección de nuevos actores socia-



Emilio Uranga

les que en su momento sean capaces de ofrecer un liderazgo creíble, y con la ayuda de intelectuales de nuevo cuño que puedan realizar una labor de transcripción y síntesis de las ideas, valores y aspiraciones que conformen el nuevo sentido. Se trata, en suma, de una labor colectiva, de un trabajo en equipo en el que cada quien debe hacer su parte. Como ya decía Zea en la década de los cuarenta del siglo XX, los mexicanos, todos y cada uno de nosotros, debemos *responsabilizarnos* de nuestra situación. Los sitios en donde hemos de realizar esta labor de construcción de un sentido colectivo son aquéllos en los que convivimos con los demás: la unidad habitacional, el barrio, la escuela, la fábrica, la oficina, los *blogs*, las redes sociales. El nuevo sentido tendrá que construirse en las nuevas organizaciones constructivas, democráticas e independientes que surjan en dichos espacios (concretos y virtuales). Algo semejante ha sido propuesto por Villoro, quien desde hace una década ha afirmado que la reconstrucción de México tendrá que partir del trabajo realizado en las comunidades. Mi diferencia con Villoro consiste en que mientras él opina que la organización comunitaria debería prescindir de la democracia representativa y, eventualmente, del Estado Nación, yo pienso, por el contrario, que debemos intentar reformar a la democracia representativa y al Estado Nación desde las comunidades. Mi esperanza es que si trabajamos con disciplina e imaginación podremos construir nuevas formas de organización política y social en las que se *manifieste* el nuevo sentido de nuestra existencia colectiva. Este nuevo sentido tendrá que incorporar a las nuevas formas de convivencia, los nuevos valores y las nuevas aspiraciones de los diversos grupos sociales.

México es una nación plural y el nuevo sentido que le demos a nuestra existencia colectiva tendrá que tomar en cuenta esa pluralidad. La voz de las mujeres (50.82 por ciento de la población) tendrá que ser determinante en la construcción de la nueva trama; y esperamos que también lo sean las voces de los miembros de los diversos pueblos indígenas (12 por ciento de la población) y las de los mexicanos que viven en el exterior (uno de cada diez). También habrá que tomar en cuenta que la transformación demográfica de México nos hace prever que en un futuro próximo habrá graves conflictos entre los jóvenes, los adultos y los ancianos. El nuevo sentido tendrá que ofrecer una visión armónica que dé respuesta a las necesidades de las distintas generaciones.

En 1915, Caso recomendaba a los mexicanos que tuviéramos alas y plomo, es decir que desplegáramos las alas del ideal de transformación social, pero que no perdiéramos el piso de la realidad. Hoy en día, mi recomendación es: ¡alas y más alas! Nuestra realidad actual es inaceptable —no hay otra manera de describirla— y tenemos que volar alto para salir del fango. La transformación de México no puede esperar, pero no debe ser violenta. Por el contrario, el nuevo sentido debe sentar las bases de una nueva concordia.

V. LA DEMOCRACIA A LA DERIVA

Después del año 2000, los mexicanos hemos aprendido que la democracia no es una garantía para resolver nuestros problemas políticos, económicos y sociales. Pero lo que sería muy peligroso es que del aprendizaje anterior se quisiera inferir, de manera falaz, que para resolver los problemas de México es preciso tener menos democracia. Mi opinión es exactamente la contraria. Para resolver sus problemas, México necesita más democracia, mucha más. Por redundante que suene, hay que luchar para democratizar nuestro sistema democrático: el gobierno, el congreso, los tribunales, los partidos políticos y los medios de comunicación. Ésta es una labor urgente. Si no se actúa rápido, nuestra democracia —imperfecta, sí, pero no por ello despreciable— correrá peligro.

Los defectos de nuestra democracia son de sobra conocidos; señalo sólo un par de ellos. La nuestra es una democracia electorera y, por lo mismo, su mirada es miope, de corto plazo. Pero ni siquiera en su estrechez, la democracia mexicana tiene una visión integradora, sino que, por el contrario, la lucha partidista en la que está envuelta lo fragmenta todo en una cacofonía de propuestas desconectadas. Por si esto fuera poco, la democracia mexicana sigue infectada de los mismos vicios que aquejaban al antiguo régimen. La alternancia partidista ha traído consigo pocas mejoras en ese aspecto.

No debe sorprendernos que una democracia disfuncional como la nuestra sea incapaz de resolver los grandes problemas nacionales que requieren, para ser abordados seriamente, eficazmente, de un proyecto nacional de largo plazo, de una visión de altura y, sobre todo, de la participación de las mujeres y de los hombres indicados para resolverlos.

No son las leyes, ni los tribunales, ni las comisiones electorales quienes por sí solos mejorarán la democracia mexicana. Son los ciudadanos y sólo ellos los que podrán remediar sus males. Ésta es una lección que, de diversas maneras, repitieron Caso, Vasconcelos y Ramos. México necesita formar a los ciudadanos de la democracia que queremos. Sin ellos, los códigos, las instituciones y las estructuras serán inútiles. Esto lo vio con claridad Caso, que pensaba que la solución a los problemas de México debía proceder de la educación cívica y moral de los mexicanos. La solución de nuestros males, afirmaba Caso, no es un asunto de ideologías, sino de los sentimientos morales que tengamos ante el prójimo y de la manera en la que esos sentimientos nos hagan actuar para construir un mejor país. Vasconcelos también comprendió que para salvar a México había que educar a los mexicanos de acuerdo con ideales que lo eleven por encima de su corrupción, brutalidad y mezquindad. Para Vasconcelos, la lucha sucedía en el espíritu de los mexicanos, era allí en donde se ganaba o se perdía la batalla. Y Ramos también estaba convencido de que la reconstrucción de México debía suceder en la conciencia y la voluntad de los mexicanos y que para eso había que trabajar en los campos de la educación y la cultura. Según Ramos, México requería adoptar valores que le permitieran lograr una sociedad más justa y más libre.

Mi posición es que el clamor de Caso, Vasconcelos y Ramos sigue vigente. Mientras los mexicanos no cambiamos para bien, nuestra democracia tampoco mejorará. Para lograr esta transformación son indispensables dos cosas: primero, tener claridad absoluta acerca de qué cambio queremos alcanzar y, luego, trabajar con ahínco para realizarlo de la mejor manera, en el menor tiempo posible. El primer paso requiere que nos pongamos rápidamente de acuerdo acerca de cuáles son los ideales, valores y principios que vamos a adoptar. El segundo requiere de la acción educativa en todos los niveles, desde la que se imparte sistemáticamente en las escuelas y universidades hasta la que se dirige, por otros medios, a la sociedad que está fuera del sistema escolar. Pero se puede plantear la siguiente pregunta: ¿cómo ponernos de acuerdo acerca de algo tan complejo como los ideales, valores y principios en los que basaremos nuestra reconstrucción social, si no tenemos un sistema democrático que permita un acuerdo como éste? Esta pregunta supone otra más general y más inquietante: ¿cómo

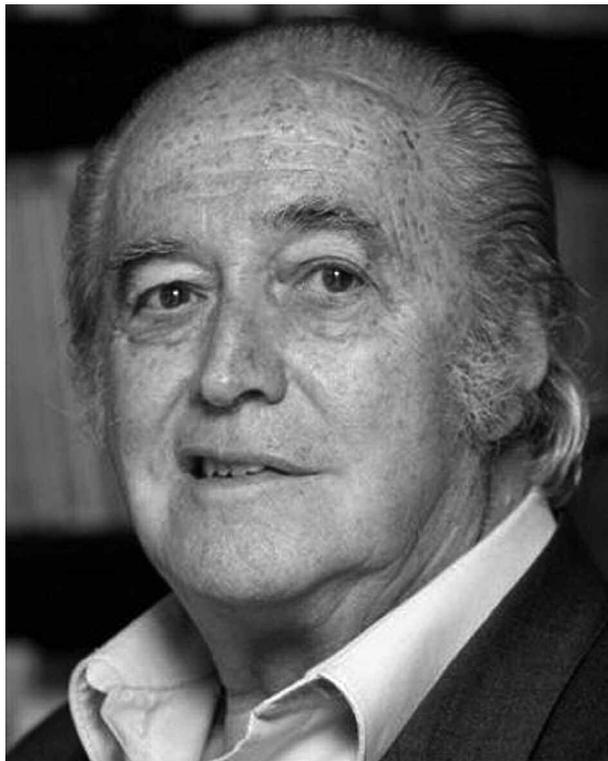


Leopoldo Zea

hacer algo para mejorar nuestra democracia desde nuestro imperfecto sistema democrático? Mi respuesta es la siguiente: si en verdad somos demócratas, no hay otro lugar desde donde podamos transformar a la democracia que desde la democracia misma, pero esto no significa que tengamos que hacerlo desde el sistema democrático actual, es decir, desde las estructuras viciadas e inoperantes del sistema político que precisamente queremos transformar. Tenemos que atrevernos a inventar una nueva democracia, paso a paso, día a día, con prudencia pero con determinación. Como en toda improvisación, seguramente se cometerán errores —algunos costosos y dolorosos— pero lo importante es no desmayar, no abandonar el camino antes de tiempo, tomar las fallas —que las habrá— como experiencias que puedan sernos útiles para mejorar los resultados futuros. En la democracia no hay garantías. Pero como insistía William James, el miedo al fracaso no debe paralizarnos ante las grandes decisiones de la vida. En estas circunstancias, la inacción es peor que la derrota.

VI. OPTIMISMO Y PESIMISMO

El *optimismo* es la creencia de que en el futuro inmediato vamos a estar mejor, sin que importe gran cosa lo que hagamos para ello. En nuestra historia hemos pasado por momentos de intenso optimismo. Cuando México obtuvo su independencia, su futuro parecía no tener límites. Sin embargo, los mexicanos pronto se dieron cuenta de que ese optimismo carecía de fundamento. La mayor parte del siglo XIX fue para México un perio-



Luis Villoro

do de derrotas, discordia y declive. En el siglo XX, la Revolución fue un estallido de fuerzas y de ilusiones. A pesar de que las esperanzas que generó jamás fueron satisfechas plenamente, podríamos decir que hasta en sus momentos más grises prevaleció cierto optimismo. Entre los años cuarenta y setenta del siglo anterior, México vivió un prolongado periodo de optimismo. Fueron los años del milagro económico mexicano, de la creencia de que los hijos vivirían mejor que sus padres. A partir de los años setenta, el optimismo cayó en picada por causas que no viene al caso recordar aquí, aunque hubo por lo menos tres momentos fugaces en los que se revivió este sentimiento: el descubrimiento de la sonda de Campeche en 1976, la firma del Tratado de Libre Comercio de Norteamérica en 1992 y la derrota del PRI en la elección presidencial. Pero ni el petróleo, ni el libre comercio, ni la alternancia democrática cumplieron con las expectativas que se crearon alrededor de ellos.

El *pesimismo*, por otra parte, es la creencia de que en el futuro inmediato vamos a estar peor, sin que importe mucho lo que hagamos. México ha pasado por muchos periodos pesimistas en su historia; en la actualidad, este sentimiento es compartido por muchos mexicanos, quizá por la mayoría de ellos. El pesimismo es una grave enfermedad social: propicia el desconsuelo, la apatía y el cinismo. Es preocupante observar que en la actualidad los más jóvenes, incluso los niños, son pesimistas respecto al futuro inmediato de México. Y es que no tienen otros marcos de referencia: nacieron en la crisis, lo mismo que sus padres. El pesimismo hace que uno vea los problemas más graves de lo que son. Nuestros problemas políticos, económicos y sociales no son menores, pero pue-

den resolverse. Otras naciones han estado en situaciones más difíciles que las nuestras y las han resuelto. Y lo mismo podría decirse de nuestra propia historia: hemos estado en peores momentos y hemos salido adelante.

Tanto el optimismo como el pesimismo son estados de ánimo, pero en el fondo ambos están basados en un sistema de creencias que puede describirse como *fatalismo*. Los dos asumen, a fin de cuentas, la tesis metafísica de que nuestros destinos están determinados de antemano por una inteligencia o una fuerza superior que los sube o baja en la rueda de la fortuna. Muchas veces, el fatalismo ha sido determinante para bien o para mal en la historia de México. Lo fue, por ejemplo, por la creencia de Moctezuma de que Cortés era un enviado de los dioses para arrebatarle su imperio. También lo fue, de otra manera, por la creencia de Madero de que su destino, dictado por los espíritus, era derrocar el régimen de Porfirio Díaz.

Frente al pesimismo y el optimismo propongo que adoptemos un *meliorismo* (del latín “melior”, mejor). Ésta es la doctrina metafísica de que *podemos estar mejor si nos esforzamos en ello*. El meliorismo que defiendo no es un optimismo ciego, sino que parte de un análisis crítico de la realidad para luego formular de manera colectiva un ideal. Los mexicanos tenemos que hacer un estudio objetivo de nuestra situación para detectar aquellos elementos en los que podemos apoyarnos para mejorar. Pero nada de esto servirá si no cambiamos nuestra actitud. Para salir de la crisis debemos tener *fe en nosotros mismos*, por mal que nos encontremos; *fe en nuestros valores e ideales*, por oscuro que sea el horizonte; *fe en nuestra capacidad para transformar nuestras vidas para bien*, por débiles que sean nuestras fuerzas. En este momento aciago para México no pueden paralizarnos ni el miedo, ni las dudas, ni el desconsuelo. *Estamos obligados a creer y a actuar*.

Sé que mis palabras pueden sonar huecas para aquellos que han querido creer y no han encontrado nada valioso en qué depositar su confianza, y para aquellos que han querido actuar y se han topado con un grueso muro. ¿Cómo podemos tener fe sin tener antes un sentido colectivo que la oriente hacia un fin determinado? ¿Cómo entregarnos a la acción sin tener antes un programa de reconstrucción social? Mi respuesta es que no debemos sentarnos a esperar a que nos ofrezcan un sentido o un programa de acción para creer y para actuar. Nuestra primera fe, nuestra primera cruzada, debe ser la de construir entre todos un nuevo sentido.

Los que hoy tenemos la responsabilidad de trabajar para atender los diversos problemas de México quizá no podamos resolverlos todos; pero lo que no podemos dejar de lograr —y ésta será la medida de nuestro triunfo o de nuestro fracaso— es formular un nuevo sentido que oriente nuestra lucha en contra de las adversidades. **U**